

el mundo, el tiempo, etc. De aquí que llamase la atención y formase época la *Summa de Anima* del franciscano Juan de la Rochela, que sirvió de base a Alberto Magno y su discípulo Santo Tomás. Había solo dos libros de texto y dos cursos de teología; el de la Sagrada Escritura con la exposición de los Santos Padres, y el de las Sentencias con la división científica, organizada esta última por San Anselmo. En el XII se había seleccionado el inmenso material de la patristica. Todo se recopiló en las sumas más o menos completas. Como tanto se aumentaron estas sumas, San Buenaventura se lamentaba en el siglo XIII que se contentaban los estudiantes con tales compendios, sin consultar las fuentes verdaderas de la Sagrada Escritura y Santos Padres, porque fácilmente podían ocultarse en tales Summas algunos errores por no haber alcanzado el sumista el conocimiento preciso del lugar de la cita ni el sentido verdadero. Por esto todos se valían de las obras de Alejandro de Halés, que, con inmensa labor y paciencia, había compulsado todos los textos que citaba. Fué, pues, el Halense quien dió firmeza y confianza científicas a los estudios de Filosofía y Teología y mereció ser el Padre de los grandes maestros de París.

Pero, se notaba sobre todo en la Filosofía, un vacío muy grande con la falta de las obras auténticas de Aristóteles. Un arcediano español, Domingo Gonzalo, fué el primer filósofo cristiano que usó las obras del Estagirita para las ciencias, como Maimónides las usó entre los judíos, y Averroes entre los árabes de quienes copió la mayor parte Alberto Magno y después Santo Tomás. Pero a quien cupo la gloria principal de haber hecho la selección de las obras auténticas de Aristóteles, viciadas por los Árabes, fué a Alejandro de Halés, y entonces fué cuando Alberto el Grande, maestro de Santo Tomás, dió la precedencia a Aristóteles sobre Platón, postergando a los neoplatónicos. De aquí las arideces dialécticas y recargadas divisiones de especies impresas y expresas, de entendimiento agente y posible, de materias y formas en la Escolástica de Santo Tomás, mientras que la de San Buenaventura resulta más dulce y divina.

Celebraban en Platón los S. S. Padres la pura concepción de Dios, la doctrina de la inmortalidad del alma, la elevada idea de la misión del hombre. Platón enseña, dice S. Agustín, «que el único verdadero bien es Dios, y en consecuencia reclama del filósofo el amor de Dios, para que, mediante su posesión, alcance la felicidad y la bienaventuranza». De Aristóteles aprendieron verdaderas e importantes enseñanzas, sobre la esencia y operaciones del alma; pero le hallaron deficiente la eternidad del mundo e inmortalidad del alma; y en ellas fué pospuesto a Platón, a quien se dió preferencia. Este se conquistó el título de *Pedagogus ad Christum* y de filósofo-teólogo, como le llama Casiodoro, siendo todavía más ensalzado por el Platón Cristiano, San Agustín, quien considera a Aristóteles como un hombre de verdadera potencia intelectual, pero del cual añade, que no llega a igualar a Platón (De Civit. D. B. VIII, C 12). Sin embargo, el aristotelismo triunfó con Santo Tomás, y como los dominicos se apoderaron de la enseñanza, el platonismo quedó postergado, por lo que resulta bastante deficiente la Escolástica del Doctor Angélico y muy resabiada de las exageraciones aristotélicas.